

“Si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tenéis vida en vosotros”. (Juan 6, 52-59)

Continuamos un día más contemplando a Jesús que se presenta como el “*pan de vida*”. Es entendible que propios y extraños quedaran sorprendidos ante semejante discurso. En la última cena Jesús asumirá la forma sacramental del pan y el vino y aquel discurso pronunciado a orillas del lago comenzaría a tener otras perspectivas de interpretación.

Intento ponerme en la piel de sus seguidores e imagino sus sentimientos de desconcierto y hasta de temor de que el maestro estuviera perdiendo la cabeza. ¿Dar de comer su cuerpo y de beber su sangre? ¿A qué se estaría refiriendo? Para más inri ponía ambas acciones como condición necesaria para “*tener vida*”. Aquel enigmático discurso quedó en la memoria de sus seguidores y sería a partir de la experiencia de la traición, condena, muerte y resurrección que podrían, poco a poco, rescatar su significado más pleno. Mientras, la duda y el desconcierto les acompañarían...

Ser seguidores de Jesús de Nazaret no significa tenerlo todo claro. Más de una vez nos habremos preguntado ¿será posible que Dios me esté pidiendo esto o aquello que aparece tan anticultural, tan difícil de ser asimilado por mí y más aún por quienes me rodean? El desconcierto puede ser en muchas ocasiones nuestro compañero de camino. Contamos con la ventaja de leer estos procesos personales a la luz de la vida de Jesús de Nazaret y de los seguidores que nos han precedido.

En esas biografías encontrar pistas, no ya para evitar o solucionar con contundencia todas nuestras dudas, sino para aprender a vivir con esperanza los conflictos. La vida de San Benito, a quien celebramos el martes pasado, estuvo sembrada de malos ratos. Sufrió la desconfianza, la incomprensión, el rechazo de sus compañeros y hasta la persecución de alguno de sus superiores. Más de una vez se habrá preguntado si estaba en el buen camino o si todo aquello no era sino fruto de sus propias limitaciones.

La referencia pascual en la vida de un discípulo de Jesús de Nazaret es esencial. Su Pascua sigue siendo la llave maestra para abrir nuestras mentes y nuestros corazones. Sin duda nos tocará hacer junto a él todo su itinerario de entrega, muerte y resurrección. Y no será algo puntual y lineal, sino que volverá cíclicamente a nuestras vidas con su carga de desazón e incomprensión. Son estos estados de crisis los que nos colocan ante el enigma de la propia vida. Contemplar a Jesús en su itinerario pascual será siempre una clave interpretativa que iluminará, en la fe, nuestros desconciertos.

Danilo Luis Farneda Calgato

pastoral Atención Espiritual y Religiosa- COORDINACIÓN PROVINCIAL

